

Pero antes de unirnos al lúgubre cortejo, tenemos que contar una última escena, transición bendita entre el cautiverio y el suplicio.

Qué contraste, pero qué á propósito! Precisamente este día, la Providencia había inspirado á la caridad; y se concluían misteriosos preparativos en el otro extremo de la capital. Muy pronto, hácia mediodía, dos mujeres débiles é intrépidas, se encaminaban á través de las vastas calles desiertas, con dirección á Mazas. Y qué es lo que llevaban?

El Dios de los mártires. Esta vez, todas las medidas habían sido bien tomadas, el reparto fué completo; cada uno de nuestros prisioneros recibía cuatro sagradas hostias, envueltas en un corporal, como en un sudario, encerradas convenientemente en una cajita, con el bolsillito de seda provisto de un cordón para ser llevado al cuello. Viniendo á semejante hora, JESUS parecía repetir á sus siervos su palabra de otro tiempo: *Iterum venio et accipiam vos ad me ipsum.* (1) «Vuelvo, no ya para permanecer entre vosotros sino para llevaros conmigo.»

En cuanto á nuestros cautivos, no han podido escribirnos, esta vez, para atestiguarlos su reconocimiento; pero los oigo todavía esclamar con el P. Olivaint: «Cuán bueno es Dios Nuestro Señor!»

(1) Joan XIV, 3.

LA ROQUETTE Y LAS EJECUCIONES.

El martes 23 de mayo, un carcelero de Mazas nos hacía llegar un billete concebido en los siguientes términos: «Con gran pesar os remito vuestras cartas, porque aquellos señores no están ya en Mazas. Están en la Roquette desde ayer noche á las nueve. A mi llegada, he tenido la gran desgracia de saber esta mala noticia. Desde mi infancia, no había llorado, pero lloré ayer. Apesar de esto, me consoló un poco el ver que M. Ducoudray me había enviado un saludo por un compañero.»

Casi todos los rehenes fueron pues trasladados á la Roquette, conforme á las órdenes de la Commune, el lunes 22, á una hora bastante avanzada de la noche: algunos sin embargo, no pudieron serlo hasta el día siguiente: la medida era tan repentina, que las carretas no bastaron para el número total de víctimas. Hubo sin duda para los prisioneros, que desde tan largo tiempo no habían visto todavía y ni aun conocían á todos sus compañeros de infortunio, un instante de dulce sorpresa y enternecimiento, cuando, bajados de sus respectivos calabozos y reunidos en el despacho vinieron á contarse y reconocerse: sacerdotes, religiosos y seglares se agrupaban al rededor del arzobispo de París.

El trayecto fué largo y doloroso. Los prisioneros en número de unos cuarenta, estaban amontonados en los furgones de tras-

porte pertenecientes al ferro-carril de Lyon, sobre simples banquetas de madera colocadas al través, espuestos á todas las miradas, á todas las injurias. Hubo que atravesar esos barrios populosos del faubourg San Antonio y de la Bastilla, en los que la insurreccion dominaba todavía. El convoy marchaba al paso, entre dos filas de hombres armados, perseguido por las groseras amenazas de una muchedumbre enloquecida. «Ay! Monseñor, dijo un sacerdote inclinándose hácia el arzobispo, hé aquí pues, á vuestro pueblo!»

La cárcel de la Roquette está, como se sabe, separada por la calle del mismo nombre, en dos divisiones completamente distintas. A la izquierda, yendo de la Bastilla al cementerio del Père-Lachaise, están los jóvenes detenidos; y á la derecha, los condenados. Los recién llegados debian pertenecer á esta última clase.

Era noche cerrada cuando nuestros prisioneros llegaron á su tercera y última estacion. Inmediatamente, sin ninguna otra formalidad, reunidos en un vestíbulo que sirve de meseta á la gran escalera de la casa, son todos llamados por su nombre; en el mismo momento un brigada, con una linterna en la mano, les introduce en un largo corredor del primer piso: á medida que desfilan por el orden en que son llamados, una puerta se abre y se vuelve á cerrar tras de cada preso. La oscuridad era profunda; cada cual debió tentar las paredes de su aposentillo y buscar á tientas su pobre cama.

Pero bueno es recordarlo, en varios calabozos, habia la presencia real de JESUS, de donde radian la luz y la paz.

El 23 de mayo, primer dia pasado en la Roquette, debia al pronto ser el último. La Commune reducida al último extremo

tenia prisa de concluir con sus víctimas. Se mandó pues, ejecutar inmediatamente á todos los presos llegados en la víspera. El director, muy poco celoso de semejante comision, eludió la orden, bajo el pretexto de un defecto de forma, y ganó á lo menos algunas horas.

Mientras tanto, apenas llegado el dia, los nuevos huéspedes de la Roquette hubieron pronto reconocido su domicilio de la noche. La inspeccion era fácil. Describiré lo que he visto.

En las pequeñísimas celdas, tocante á mobiliario hay una cama, y qué cama! Sobre groseras tablas, un jergon y una manta; y absolutamente nada mas, ni mesa, ni siquiera una silla. Se adivina al primer golpe de vista que aquel lugar no se habita, no se hace mas que pasar por él, el condenado aguarda su hora. Y sin embargo, la Roquette vale mucho mas que Mazas; al menos es una prision humana, las celdas no son tumbas y si se está allí encerrado, no se está enterrado. En lugar de las correspondencias exteriores, hay conversaciones en el interior: y, cuando la boca habla, el corazon respira y vive. Primeramente cada celda, por un lado por lo menos, no está separada de la contigua mas que por un ligero tabique que divide exactamente en dos la ventana comun: y no como en Mazas, una ventana en el techo fuera de alcance, sino una verdadera ventana de una elevacion conveniente para apoyarse. Allá, á la primera señal convenida, los dos vecinos se asoman, se hablan vis á vis y pueden, sin inspeccion alguna, cambiar sus confidencias y hasta una confesion. A mas, el reglamento de la casa admite recreaciones comunes. Si el tiempo es bueno, se hace bajar á las presos por una escalera de caracol, situada en el extremo del corredor, hasta el primer camino de ronda; cuando

hace mal tiempo, se pasean en el corredor de su piso respectivo, y hasta si quieren se retiran á los cuartos que permanecen abiertos. En una palabra, en aquella casa de muerte, hay vida, porque hay sociedad.

Ahora, trás esta rápida descripcion de los lugares, no debo acreditar la relacion de los últimos hechos por la autoridad de los testimonios? Sin duda yo por mí nada he visto. Pero la Providencia, salvando muchos rehenes de la Roquette, nos ha conservado testigos, y con doble reconocimiento citaré á Mr. Bayle, vicario general capitular de París, Mr. Petit, secretario del arzobispado, Mr. Perny del seminario de Misiones extrangeras, M. Amodru de la comunidad de Nuestra Señora de las Victorias y el P. Bazin de la Compañía de Jesus.

Que se me dispense además si continuo separando en mi narracion las víctimas confundidas en adelante en un sacrificio comun. No puedo acaso, constante conmigo mismo, guardar hasta el final la unidad de mi plan? Lo afirmo, no quiero mas á los unos que á los otros; solamente que estos son mis hermanos, los conozco, los amo mejor. Que sean los últimos de todos, consiento en ello y me conformo; serán con buen derecho los primeros en mi corazon.

Hácia las seis de la mañana, dióse segun costumbre, la señal de levantarse. Pero nuestros prisioneros se habian adelantado mucho á esta hora para ellos demasiado tardía, y despues de la oracion, entreabriendo su pequeño tabernáculo portátil, habian ya gustado el pan de los fuertes. El dia 23 de mayo se anunciaba espléndido; el cielo parecia de fiesta y la tierra estaba de luto; oíase el ruido cada vez mas próximo de la batalla y se veia el humo de los grandes incendios alumbrados durante la noche: París estaba á fuego y sangre.

De las ocho á las nueve tenia lugar la primera recreacion del dia, mientras que los mozos de servicio arreglaban los pobres cuartitos. Un rasgo comun durante estos intervalos de descanso y de fusion, era la serenidad de un trato íntimo; los corazones se conmueven bien pronto en la comunidad de la fe y del peligro; se volvian á encontrar antiguas relaciones, y se contraian nuevas; se consolaban mutuamente y sobre todo se confesaban. Aquí los detalles se pierden un poco en el conjunto. Sin embargo he aquí algunas particularidades. «He visto á todos vuestros Padres y les he hablado, me escribe uno de los prisioneros escapados de la Roquette, los he admirado, estaban todos tranquilos y risueños en la tarde de su vida como en la aurora de un bello dia; el P. de Bengy nada habia perdido de su sangre fria y de su buen humor; el P. Caubert, de su recogimiento suave y modesto; el P. Clerc, de su generosa alegría; el P. Ducoudray, de su entereza sencilla y digna; el P. Olivaint, de su viva energía y de su radiosa paz.»

Sin embargo se observó enseguida una singular inclinacion entre el Padre Clerc y el presidente Bonjean. Se adivina, de parte del P. Clerc habia á la par una conquista que hacer y una deuda que pagar. Se conoce acaso otra venganza en la Compañía de Jesus?

Por un motivo completamente diferente, por un sentimiento de compasiva veneracion, el P. Olivaint parecia adherirse sobre todo á la persona de Mons. el arzobispo de París. Algunas veces el infeliz prelado, debilitado por las privaciones y el sufrimiento, permanecia á mitad tendido sobre su pobre lecho; el P. Olivaint se sentaba á sus piés, y juntos hablaban del pasado y del presente; podian aun hablar del porvenir? Desde el

primer día, los víveres empezaron á faltar en la Roquette, el pan mismo se hacia raro. Sin duda la lucha de las calles que iba ganando terreno impedia el abastecimiento ordinario. El Padre Olivaint tomaba de las pequeñas provisiones que le quedaban todavia un poco de biscocho y pastillas de chocolate y las llevaba al Pastor desfallecido; y así era dado á un pobre religioso el hacer caridad á un arzobispo de París. Pero pudo prometerle mucho mas y mejor para el día siguiente, porque era rico de otro tesoro.

En efecto, el memorable día 24 de mayo, cuantos misteriosos *convites*, como los de los primitivos cristianos, tuvieron lugar!

Primeramente el P. Olivaint llevó la Sagrada Eucaristía á Mons. el arzobispo, cuyo piadoso reconocimiento no sería posible expresar. A ejemplo suyo, nuestros Padres, tan felices no ha mucho al recibir sus cuatro sagradas formas, no lo fueron menos en distribuirlas, y todos los sacerdotes, á lo menos los del mismo departamento, no partieron sin el viático.

El celo de las almas ocupaba todavia aquellos supremos instantes. Todos los rehenes seglares encerrados en aquel corredor se convirtieron y confesaron. He aquí la deposicion del mismo Mr. Bonjean. Durante la recreacion de la tarde, que tenia lugar generalmente en el primer camino de ronda, el Arzobispo fatigado de haber andado mucho tiempo, como no habia ningun sitio donde sentarse, se apoyó contra el pasamano de la escalerilla de caracol que conduce al corredor del piso principal. Uno de sus vicarios generales y M. Bonjean se acercaron á él; este último estaba radiante: « Monseñor, le dijo en seguida, he hablado muy mal de los jesuitas y les he perseguido ó al menos atacado judicialmente segun mi poder. Pues bien! han concluido por convertirme, el P. Clerc acaba de oír mi confesion.»

En el momento de llegar al sacrificio, recojamos de la boca del P. Ducoudray estas palabras llenas de inmortal esperanza: « Si somos fusilados, dijo á uno de los rehenes que han sobrevivido, el purgatorio no será largo. »

La Commune, desordenada y en derrota, atrincherada entonces en la alcaldía del undécimo distrito, no tenia fuerza mas que para el crimen: ah! tenia demasiada todavia! Frustrada la vispera, y desesperando mas y mas del día siguiente, ordena con urgencia para el mismo día la ejecucion en masa de todos los rehenes de la Roquette. A las seis de la tarde, á título de represalias, deben ser pasados por las armas mas de sesenta prisioneros. A esta intimacion extrema propia de desesperados que no tienen ya nada que perder, el jefe de la cárcel encuentra todavia medio de promover un incidente, esta vez sobre el fondo mas que sobre la forma. Se parlamenta, y despues de algunas idas y venidas entre la Roquette y la Alcaldía del undécimo distrito, la Commune consiente en diezmar solamente á los sesenta, con la condicion espresa de designar ella misma sus víctimas preferidas. A todo precio, quiere sacerdotes, estos hombres que estorban al mundo hace mil ochocientos años; y por una estraña asociacion, el señor presidente Bonjean es inscrito en la lista. Cerca de dos horas se pasaron en estas pavorosas negociaciones.

Eran pues cerca de las ocho de la noche. Todos los prisioneros se encontraban en sus celdas con las puertas cerradas, no habia ya pues en el interior mas conversaciones que con el cielo. De pronto se oye á lo lejos un rumor confuso, que se iba aproximando mas y mas; voces de hombres y niños, clamores y risas todavia mas feroces se mezclaban al ruido de las armas. Eran

en efecto los ejecutores de las altas obras : para seis víctimas, no habia menos de cincuenta verdugos, vengadores de la República y Garibaldinos, soldados de todas armas y guardias nacionales de diversos uniformes, incluso esos niños terribles que se llaman los pilluelos de París. El destacamento penetra en el corredor del primer piso, cuarta division, en donde se encuentran nuestros queridos cautivos, lo recorre en toda su longitud, y va á alinearse en el extremo opuesto, en lo alto de aquella pequeña escalera giratoria que conduce al camino de ronda; al pasar, cada detenido habia recibido de antemano, por su postigo entreabierto, un insulto y una sentencia de muerte.

Entonces un personaje, haciendo oficio de heraldo, con voz estertórea, intima á los presos que se hallen dispuestos y que cada cual conteste al oír su nombre. Dicho esto, con la lista fatal en la mano, proclama al mismo tiempo, con la misma calificación para todos, y segun el orden numérico de las celdas, los seis condenados de la Commune. A medida que un nombre ha sido pronunciado, se abre una puerta y se entrega una víctima. M. Bonjean, M. Deguerry, M. Clerc, M. Ducoudray, M. Allard y M. Darboy fueron llamados sucesivamente.

Todos están presentes, todo está dispuesto, empieza el desfile. Mons. el arzobispo y sus compañeros, precedidos y seguidos de la horrorosa escolta, pasan y bajan uno á uno por la escalera estrecha y sombría, y al pié, se encuentran en este mismo camino de ronda donde no ha mucho tenian todavía su recreacion.

Hélos pues allí en fin á merced de una salvaje impiedad y de la mas brutal insolencia. Hasta uno de los oficiales de aquella innoble tropa hubo de intervenir, y, compasivo á su manera :
• Camaradas, exclamó, tenemos algo mejor que hacer que in-

jurarlos y es fusilarlos. Tal es el mandato de la Commune. »

Era tal lo arbitrario y desordenado de aquellos tiempos, que ni aun se habia fijado el lugar de la ejecucion. Cualquier sitio era bueno para derramar sangre. Se estuvo pues á punto de operar en el sitio mismo. Pero se advirtió que era demasiado cerca de la cárcel, bajo las ventanas mismas de los presos; habria allí demasiados testigos para el crimen. En efecto de todas aquellas ventanas, en todos los pisos, la mirada cae aplomada en el primer camino de ronda y los prisioneros que habian quedado en sus celdas asistian desde arriba á aquella escena de muerte, lo oian todo, lo veian todo. Se decidió pues que se pasaria al segundo camino de ronda, en donde se estaria al abrigo de dos altas murallas. Pónense en movimiento; un brigada abre la marcha, detrás de él se adelantan los que van á morir, agrupados de esta manera : el señor arzobispo de París da el brazo á M. Bonjean, el P. Ducoudray y el P. Clerc acompañan y sostienen por ambos lados al venerable cura párroco de la Magdalena, cargado con sus ochenta años, viene en fin el señor abate Allard; despues, al rededor y detrás, los hombres y niños armados, en desordenado tropel. Durante este transecurso, en una de las ventanas del piso principal, uno de los presos agitó su pañuelo en señal de despedida; el P. Ducoudray se volvió hácia él y lo saludó con un gesto. Se le vió enseguida entreabrir lo alto de su sotana, llevarse la mano al pecho, recogerse, tomar en la bolsita suspendida en su cuello el viático para la vida eterna; y con JESUS en el corazon, fué á ocultar su vida en el seno de Dios.

En el extremo del primer camino de ronda, hubo una parada forzosa, fué necesario forzar la puerta que introduce al se-

gundo. A partir de este punto, las víctimas desaparecieron, y no quedaron mas que testigos que no vendrán á deponer: los ejecutores mismos. Se sabe solamente que se tuvo todavía que recorrer todo este segundo camino de ronda en toda su longitud, en sentido inverso del primero, hasta el ángulo sudeste. Se cuenta tambien que el generoso P. Alejo Clerc, que tanto habia deseado rendir al nombre de JESUS el mas escelente testimonio, el de su sangre, abrió su sotana y presentó su corazon para recibir la muerte. Se vé en fin, por los surcos profundos de las balas perdidas, que las víctimas debieron ser alineados en una fila, al pié de la alta muralla del recinto.

Entre tanto, en los cuartos de la cárcel ¡qué horrible ansiedad! De rodillas, se oraba, se escuchaba, respirando á penas. Se oia un fuego de peloton, despues algunos tiros sueltos. ¡Todo habia concluido, no habia ya víctimas sino mártires!

La noche, principiada con angustias, se pasó en una continua alarma.

Bajo el reinado de la Commune, el asesinato no iba sin la rapiña. Una vez terminada la ejecucion, un puñado de asesinos, bajo la direccion de algunos guardianes, vuelven al corredor del primer piso, penetran en las seis celdas vacías, y arrebatan todo lo que las víctimas han dejado en ellas.

Un carcelero, habiendo encontrado en el n.º 7, ocupado por el P. Ducoudray, algunos papeles que le parecian sin valor, fué al momento á depositarlos entre las manos del P. Olivaint. Este, á su vista, exclama vivamente: «¡Un crimen!» — «¡Tened cuidado y callaos!» contesta el otro, y cierra inmediatamente la puerta con gruesos cerrojos.

Hácia la media noche, se movió gran ruido al rededor de

los prisioneros. ¿Era esto una nueva tentativa de invasion? Pero pronto las rejas, de los estremos del corredor, y las puertas de todas las avenidas se cerraron con estrépito, y se distinguieron estas palabras pronunciadas en tono de mando: «Si vuelven todavía, prohibo que se les abra.» Esto era solamente partida aplazada.

Un poco mas tarde en fin, se percibió el sordo rodar de un carruaje á lo largo del segundo camino de ronda. Se levantaban los seis sangrientos despojos. Los cuerpos arrojados, mejor que colocados sobre una carreta, llegaron hácia las tres de la mañana al cementerio del Père-Lachaise; y allá, sin féretros, sin ceremonia alguna, fueron enterrados todos revueltos en la fosa comun, en la estremidad de una larga trinchera abierta en el ángulo sud este del cementerio, completamente junto al muro de recinto.

El dia 25 de mayo, y en adelante la vida en la Roquette, no podia ser ya mas que una lenta agonía. No debia cada cual por su cuenta decirse: «Muero á todas horas del dia y de la noche?» Sin embargo la Commune se encontraba ya casi cercada en su alcaldía del undécimo distrito por el ejército libertador, y sus mensajes de muerte rompian con dificultad el círculo de hierro y de fuego. Uno solo de los rehenes seglar fué arrebatado en la madrugada y no volvió. En revancha, será necesaria mañana una hecatombe.

Esperando esta hora suprema, nuestros predestinados á la muerte conservaron una calma y una serenidad inalterables, indicios del verdadero valor y de la paz íntima de sus almas. He aquí algunos rasgos que me parecen característicos.

El señor abate Petit, secretario del arzobispado de París, ve-

cino de cuarto del P. Caubert, me refiere que, en aquellos últimos momentos, entre la vida y la muerte, daba de tiempo en tiempo un golpecito sobre el tabique que los separaba; era la señal convenida. El P. Caubert iba al momento á la ventana, y segun una bella y dulce locucion de la Sagrada Escritura, *hablaba la paz*, pero tan bien, que la comunicaba. Muy pronto no contento con hablar se puso á cantar: « ¡Tomad! dijo, para animarnos, pongámonos á cantar el Sagrado Corazon »: y habiendo pasado á M. Petit un piadoso cántico del P. Lefebvre, cantaron á dos voces y con un mismo corazon la siguiente estrofa apropiada á las circunstancias:

Concedednos, ¡oh Señor!
Esta gracia incomparable
De vuestro divino amor;
Buena muerte y un buen fin
En el corazon adorable
De Jesus, nuestro Hacedor.

Se dice que el P. de Bengy no creia en el asesinato de los rehenes. Hé aquí sin embargo, la prueba de que se preparaba para ello. Durante los cuatro dias que pasó en la Roquette, dijo hablando con uno de sus compañeros: « Creia en otro tiempo, le dijo, haber llegado, en mis retiros, á ese grado de indiferencia que nos pide San Ignacio, relativamente á la vida y la muerte. Pero he reconocido en Mazas, que no estaba todavía en él; y me han sido necesarios varios dias de meditacion y oracion para alcanzarlo. Ahora, gracias á Dios, creo haber llegado al estremo.» Y poco despues, la víspera quizás de la ejecucion: « Bendito sea Dios! dijo al mismo confidente; creo no solamente estar completamente indiferente entre la vida y la

muerte; sino que me parece preferiria morir, si Dios me dejase la eleccion.»

« El jueves á mediodía, escribe el señor abate Lamazon, se nos permitió una recreacion comun en el mismo patio que la víspera. Los rostros están mas tristes, pero los corazones tienen igual firmeza. Los seglares manifiestan á los eclesiásticos una cordial simpatía y demuestran la misma serenidad. Se vé claramente que todos ponen en Dios su única esperanza, y que esta confianza no es una palabra vana. Hablo veinte minutos con el P. Olivaint: herido en sus mas caras afecciones, conserva todavía en sus labios una graciosa sonrisa; renunció á describir su cara y á reproducir su conversacion. Su rostro tenia algo de verdaderamente ideal, y su palabra era la de un ángel. A propuesta de Mons. Surat, de M. Bayle y del P. Olivaint, los sacerdotes hacen voto, si Dios se digna arrancarles de la muerte, de celebrar durante tres años, el primer sábado de cada mes, una misa de accion de gracias en honor de la santísima Virgen.»

Despues de este testimonio del señor abate Lamazon, tenemos la satisfaccion de reproducir aquí el de un distinguido miembro de la Universidad, que nos dirige las siguientes lineas:

« Recogeis con piadoso cuidado los testimonios y recuerdos que se refieren á los últimos momentos de los miembros de vuestra Compañía, víctimas de los asesinatos de la Roquette en la siniestra semana del 22 al 28 de mayo. Me hago un deber en contestar á vuestro llamamiento, por lo que concierne al padre Olivaint, al que me ha sido dado ver de mas cerca y hablar en aquella hora suprema.